

¿QUÉ VIDA RELIGIOSA PARA OTRO MUNDO ES POSIBLE?

*María Pilar Wirtz Molezún , ODN
María José Torres Pérez , Ap. C. J.*

1 - Nuestro modo de proceder

2 - Qué vida religiosa ya no es posible

3 - Escuchar la "brisa suave" de lo esencial (1Re 19,11-13)

- *Salir de la cueva*
- *Ponerse en pie*
- *Exponerse a la bocanada de aire fresco de las realidades más fronterizas de nuestro mundo.*
- *Escuchar y acoger el anhelo de la humanidad: "otro mundo es posible" como anhelo de Dios*
- *"Romper el frasco" (Jn 12, 3)*

4. - "Sal de tu tierra..." (Gen 12, 1)

- *Hacia el desierto: desde lo superficial hacia lo hondo*
- *Hacia la periferia : desde los centros de poder hacia lugares de impotencia*
- *Hacia la frontera: desde la seguridad de lo conocido hacia la intemperie de la mediación*

5. - "Si no naces de nuevo..." (Jn 3, 3)

- *Recreando y ahondando nuestra espiritualidad*
- *Creciendo en capacidad de relación en reciprocidad*
- *Potenciando desplazamientos hacia nuevas periferias y fronteras*
- *Despertando la conciencia política y ciudadana*
- *Tejiendo comunidad con la diversidad*
- *Asumiendo activamente la causa de liberación de las mujeres*
- *Recuperando la sencillez y la alegría del Evangelio*

6. - ¿Otra vida religiosa es posible?

1 - Nuestro modo de proceder

En principio, aceptamos con gusto el desafío de afrontar juntas este tema. Nos parecía apasionante poder reflexionar y decir nuestra palabra en una búsqueda que tanto nos afecta y por lo que, de una u otra manera, estamos apostando la vida. Pero, a medida que nos fuimos poniendo en contacto con lo mucho y bueno que está ya dicho y escrito hoy sobre la vida religiosa, nos entró una sensación de desánimo y hasta de un cierto rechazo: ¿qué podemos decir que no esté ya sobradamente dicho?, ¿no estaremos contribuyendo a ese "consumismo" de ideas que va desgastando las palabras sin que de hecho nos animen a vivir algo *nuevo*?

Esta pequeña crisis nos llevó a centrar nuestra reflexión. En este momento histórico parece que, en conjunto, vamos encontrando una mayor claridad teórica sobre el horizonte hacia donde apunta la vida religiosa: ideas, desafíos, intuiciones, llamadas, propuestas. Lo que nos falta es el cómo ponernos a ello. Por eso nos proponemos hablar desde nuestra propia experiencia personal, desde lo que va siendo verdadero en cada una de nosotras, ir entrelazando visiones y dejar que nuestra propuesta vaya emergiendo en un sencillo compartir. Solamente así, pensamos, podremos aportar algo *nuevo*. Es decir, abrirnos a que algo se nos movilice por dentro y, desde ahí, colaborar a que todas y todos salgamos de aquí algo más esperanzados y animados, más decididos y decididas a *poner manos en esta obra*.

Por eso, iremos pasando por el corazón, es decir, por nuestra mente, sensibilidad y experiencia, ideas que van siendo ya un patrimonio común. Por el pensar, sentir y vivir de dos mujeres concretas: Pepa y Pilar, con historias y edades diferentes. Con un bagaje congregacional que nos ha ido marcando de modo diferente –Apostólicas del Corazón de Jesús y Compañía de María– y una situación vital actual que nos pone en contacto con realidades muy diversas.

Pepa vive en Lavapiés, con Teresa y Estrella, una comunidad intercongregacional inserta en un barrio del casco antiguo de Madrid. Un lugar donde se da cita lo diferente: inmigración de todos los países, movimientos alternativos, okupas, grupos de las más variadas tendencias, juventud que lucha por la supervivencia y por conservar su identidad en un mundo diferente... Un lugar en el que lo nuevo y lo distinto emerge con fuerza y busca su lugar en la sociedad.

Pilar vive en una comunidad de la Compañía de María, con Carmen, María y Lucía en un lugar perdido del mundo rural gallego, compartiendo su vida con los vecinos y vecinas de una aldea llamada Bazar. Una realidad tradicional y envejecida, en la que se dan costumbres antiguas en medio de valores "nuevos", es decir, profundamente humanos. Un lugar en donde se aprende, día a día, a permanecer y resistir con dignidad ante un futuro amenazado por la exclusión del desarrollo capitalista.

Y así, en un diálogo verdadero, en un clima de acogida, confianza y libertad, entre la sintonía y la diferencia, con subidas y bajadas de ánimo y ayudadas por las nuevas tecnologías, es como fue naciendo esta sencilla aportación. Pensamos que este modo de proceder: dejando que lo nuevo surja desde lo más verdadero de cada una y que se vaya recreando en la escucha, el diálogo, el compartir vivencial, el debate de ideas, forma ya parte de nuestra visión del tema.

Para este "otro mundo posible" que nace de la diversidad y el encuentro entre culturas, razas y religiones, solo es posible una vida religiosa que se gesta desde lo hondo de la experiencia y se va tejiendo en la apertura y la reciprocidad del encuentro con lo diferente.

Nuestro diálogo empezó por situar bien el mismo título que se nos proponía: *¿Qué vida religiosa para ese nuevo mundo que emerge es posible?* Entenderemos la palabra *posible* desde una doble perspectiva: es *posible* porque esta vida religiosa está en la dirección de la utopía del Reino; es *posible* porque esta vida religiosa ya existe, está presente, aunque de modo germinal, en la realidad de hoy. Nuestra aportación buscará situarse en el *tirón* desde el *ya* que emerge en lo real, hacia el *todavía no* de la utopía.

2 - Qué vida religiosa ya no es posible

Para irnos aproximando a nuestra propuesta, empezamos por definir la vida religiosa que *ya no es posible*. Desde nuestra perspectiva, nos atrevemos a proponer algunos rasgos, acentuaciones, concreciones, estilos que tenemos muy introyectados y vivimos muy mezclados en la vida religiosa actual. Nos parece importante detectarlos bien porque pueden estar interfiriendo y contaminando, a veces de modo inconsciente, los nuevos modelos que emergen.

Por mayor claridad, optamos por expresarlos de forma esquemática y con poca matización, lo que siempre lleva consigo el peligro de caer en una cierta caricatura.

- Hoy ya no es posible una vida religiosa llamada "clásica" que sustenta su fe y su vocación en un Dios sacral, todopoderoso y separado de la vida. Una vida religiosa fundamentada en una espiritualidad patriarcal, vertical y dualista que pone su seguridad en lo normativo. Una vida religiosa encerrada en sus propias obras y estructuras, que se vive a sí misma como "estado de perfección", separado del mundo. Sin embargo, esta vida religiosa, con fuertes raíces en la tradición, ofrece en este mundo cambiante una gran consistencia institucional y, consecuentemente, una mayor seguridad personal. Esta vida religiosa está cobrando en la actualidad un nuevo auge y es muy bien aceptada por los sectores más tradicionales de la sociedad y de la iglesia, pero está alejada de la sensibilidad de hoy y de una nueva comprensión teológica.

- No es posible ya una vida religiosa –una congregación, una comunidad...– que se autoabastece a sí misma. Que se vive de hecho “encerrada” en su propio carisma, en su propia tradición, en sus obras, en sus movimientos apostólicos, en sus propias asociaciones laicales, en su pastoral vocacional, en sus propias búsquedas internas –Capítulos, Asambleas, reuniones comunitarias...–. Creemos que una vida religiosa así ya no es posible, y no solamente por el proceso de disminución que muchas congregaciones estamos viviendo, sino porque no sería fiel a su dinamismo fundamental que forma parte de su ser: vivir descentrada en el mundo.
- Tampoco es posible una vida religiosa atrapada por el hacer, por la actividad, desbordada por sacar adelante obras, tareas y compromisos más allá de lo que permiten sus propios recursos actuales. Un modo de vivir sobre las propias fuerzas, en el que se va secando y deshumanizando la existencia y pasando factura en el propio equilibrio personal y comunitario. Una vida religiosa, personas y comunidades que, poco a poco, van enterrando lo fundamental de su ser a costa de posponerlo a lo mucho urgente que le presiona en el día a día. Hombres y mujeres admirados por su voluntad de entrega y sacrificio pero que no despiertan interrogantes más hondos.
- Hoy ya no es posible una vida religiosa que se sitúa con desconfianza y miedo frente a la realidad cambiante de nuestro mundo, en lugar de descubrirla como oportunidad, como el *humus* en el que las semillas del Verbo quieren emerger y dar frutos, exigiendo para ello nuestra colaboración. Una vida religiosa que confunde lo anticultural con lo contracultural, más enemiga y juez de la realidad que amante apasionada del misterio que encierra: la posibilidad de encontrar en ella al Dios de la Vida.
- Ya no es posible una vida religiosa llamada “liberal”. Personas y comunidades con un nivel de vida acomodado, que han “normalizado” las formas externas de su estar en la sociedad, pero que no transmiten hondura de experiencia, han dejado de ser terapia de choque en la iglesia y en la sociedad. Una vida religiosa más identificada con las clases medias y sus causas que con la vida compartida, relacional y políticamente, con los terceros y cuartos mundos. Personas que ponen su fuerza en lo profesional casi como un absoluto, muy conscientes de su propia autonomía y libertad pero olvidando, sin embargo, que una obsesiva búsqueda en este sentido nos puede esclavizar si no vivimos desde las relaciones de interdependencia y reciprocidad. Una vida religiosa que ha terminado por confundir la realización personal, que es consecuencia de una vida plena en Cristo y en solidaridad con los hermanos y hermanas, con la autocomplacencia que produce permanente insatisfacción.

- Tampoco es posible una vida religiosa con una vivencia de los votos centrada en lo íntimo, lo sacrificial, sin repercusiones relacionales, ni socio-políticas. Más preocupada por "conservarlos" que por vivir en ellos el riesgo de poner nuestras seguridades solo en Dios y la exageración del amor a la humanidad más doliente.
- No es posible una vida religiosa pensada y vivida desde los valores androcéntricos y patriarcales, acrítica y mantenedora en los espacios sociales y eclesiales de la discriminación de género. Ignorante o distante de la causa de las mujeres en el mundo, de la utopía que emerge de este plural movimiento.
- Tampoco es posible una vida religiosa más eclesiocéntrica que reinocéntrica, que reduce lo eclesiástico a lo eclesial, mantenedora de estructuras, lenguajes pastorales y prácticas cada vez más distantes de la vida real de la gente. Una vida religiosa atrincherada en espacios seguros y que olvida que la pertenencia incómoda, su ser fronteriza, aun dentro de la misma estructura, es una de sus señas de su identidad.

Con todo, llegadas a este punto nos surge un fuerte interrogante. Si bien es verdad que nuestra sensibilidad percibe claros *indicios cualitativos* de que esta vida religiosa hoy ya no es posible, también es verdad que la situación actual muestra *indicios cuantitativos* evidentes que parecen contradecirlo. Son precisamente las congregaciones que conservan un estilo más tradicional e, incluso, preconciar las que siguen teniendo un mayor número de vocaciones. Esto nos lleva a pensar, desde otra acepción de la palabra *posible*, que este estilo de vida religiosa no solo es *posible*, sino que es *probable* que sea el que tenga una mayor presencia en la sociedad de los próximos años.

Acogemos este dato con el respeto que siempre merece lo real y nos preguntamos: ¿qué nos dice esta situación tan paradójica? ¿Cómo confronta nuestra visión? Creemos que la falta de perspectiva histórica impide analizar con objetividad y profundidad este fenómeno y, por otro lado, la realidad actual de la vida religiosa es tan densa, compleja y dinámica que esta pregunta no tiene, ni puede tener, soluciones simples. Por esto, en fidelidad a nuestras propias convicciones, asumimos el riesgo de aportar humildemente nuestra parte de verdad en esta búsqueda incierta y plural.

3 - Escuchar la "brisa suave" de lo esencial (1 Re 19, 11-13)

Este es el desafío actual: *escuchar lo esencial*, esa brisa que suavemente refresca y orienta este momento de nuestra historia. La experiencia de Elías nos puede dar algunas claves.

"Le dijo el Señor a Elías: Sal de la cueva y permanece de pie en el monte, delante del Señor. Porque el Señor va a pasar. En esto vino un fuerte huracán, que rompía los

montes y cuarteaba las rocas, pero no estaba el Señor. Después del huracán hubo un terremoto; pero tampoco en el terremoto estaba el Señor. Después del terremoto vino un gran fuego; pero no estaba en el fuego el Señor. Después del fuego se oyó una brisa suave. En cuanto Elías la sintió se tapó la cara con el manto, salió fuera y sintió que el Señor estaba en esa brisa suave”.

Dejándonos sugerir por el texto bíblico, nos aproximamos a un importante desafío para la vida religiosa hoy: *“salir de su cueva”*, de su mundo empequeñecido, de sus propias concepciones sesgadas, de sus miedos, de su lucha “numantina” por sobrevivir a toda costa, para *“permanecer en pie en el monte”* desprotegidamente reencontrándose a sí misma: compartiendo *“los gozos y esperanzas, angustias y tristezas de los hombres y mujeres de nuestro tiempo”*; escuchando el gemido de los millones de seres humanos que se debaten entre la vida y la muerte y los gritos de una naturaleza ultrajada.

Y ahí, permanecer en pie con la sensibilidad bien abierta, sosteniendo el tirón de buscar con otros y otras cómo hacer histórico el sueño de Dios sobre la humanidad y la creación, compartiendo juntos compasión e indignación, contemplación y esfuerzo, escuchando desde esa intemperie la *“brisa suave”* de lo esencial: las ansias profundas de la humanidad de que *otro mundo es posible*, para, como Jesús, señalar ahí, que ese anhelo es el mismo anhelo de Dios, porque Dios Padre/Madre es el Dios del mundo y nada humano ni mundano le es ajeno.

Una vez más es la *profecía externa* la que nos devuelve a lo esencial. Esa profecía que nos llega desde fuera de nuestra cosmovisión creyente, que eclosiona en el Foro de Porto Alegre, y que nos remite a lo más genuino de nuestra misión profética : escuchar, acoger y anunciar, con la palabra y con la vida que *otro mundo es posible*, porque Dios es y nos llama a ser *alternatividad*.

La vida religiosa nacimos de la búsqueda de la esencialidad, de la búsqueda de la comunión con lo creado, de esa búsqueda desnuda y auténtica que brota de la escucha de las ansias de felicidad de la humanidad y de los pueblos, que habita en nuestro mismo corazón e identificar en ella el impulso creador de Dios.

Para captar este profundo misterio necesitamos, como dice el texto, *ponernos de pie* y exponernos a esa bocanada de aire fresco que en este momento están siendo en nuestro mundo personas, colectivos, pueblos, realidades fronterizas, que mas allá de siglas o confesiones religiosas actúan como despertadores de nuestra conciencia y de nuestra sensibilidad y nos urgen a colaborar con ellos y así recuperar nuestra identidad adormecida.

La vida religiosa no nacimos de los dogmas o las leyes, sino del deseo de vivir desprotegidas en los senderos de la historias y encontrar ahí el rostro del Dios vivo para señalarlo y mostrarlo como Dios del mundo, como el Dios que se sale de los marcos de las iglesias y las estructuras religiosas, el Dios que trabaja en la totalidad de la historia y la

realidad y no en un compartimento estanco. El Dios que siembra en el corazón de las personas, culturas, pueblos semillas de alternatividad que requieren atención, cuidado y sinergias, porque la utopía que contienen es tan grande como su fragilidad.

Por eso lo propio de la vida religiosa no es ser una vida separada, sino entrecruzada, tejida con otros y otras diferentes, especialmente con los más empobrecidos e inquietos. Lo propio de nuestra vida no es separar sino ensanchar, por eso nuestro lugar no es el club privado, sino la plaza pública, el patio de vecinos y vecinas.

Para ser fiel a nuestra propia identidad y recuperar lo esencial, la vida religiosa necesita repetir el gesto de aquella mujer de la que nos habla el Evangelio de Juan (Jn 12,3): romper su propio frasco, ese que la aísla y separa, para mostrar que el *perfume precioso* que encierra empapa toda la realidad y no a una parcela de la misma. Pero esto supone arriesgar, el gesto de la mujer fue un gesto tremendamente transgresor y saltó límites. Accedió a un espacio que le estaba acotado por su condición de mujer.

También nosotros, como esta mujer, estamos invitados a no ceder en el empeño de la transgresión, aunque los vientos eclesiales no lo favorezcan, a ir más allá de lo eclesial y políticamente correcto, más allá de los límites heredados de una cosmovisión dualista e interesada de Dios y del mundo. Una concepción de la vida religiosa, todavía muy introyectada en nosotros y nosotras, que continúa separando lo espiritual de lo mundano e histórico; lo explícitamente cristiano y religioso de los que no se identifican como tales; los espacios eclesiales y congregacionales propios como lugares en los que privilegiar nuestra presencia y compromiso, de otras mediaciones seculares, organizaciones e iniciativas de la sociedad civil de las que sospechamos y en las que descuidamos nuestra presencia y colaboración, por miedo a quedar salpicadas por sus ambigüedades e impurezas.

Romper el frasco nos invita a cuestionar y abandonar muchas rutinas e inercias muy instaladas en nuestro imaginario colectivo. La misma expresión "vida religiosa" a lo largo del tiempo se ha ido volviendo ambigua. Parece evocar una división en la vida: una parte que es propiamente religiosa habitada por Dios y otra que es profana y, de alguna manera, destinataria de la misión, a la que hay que evangelizar y llevarle a Dios. Más que hablar de "vida religiosa" tendríamos que hablar de la "religiosidad de la vida", como propone Antonieta Potente¹, estamos llamados a "recuperar la vida en su total religiosidad", y para esto necesitamos "honrar la vida":

*No, permanecer y transcurrir
no es perdurar, no es existir ni honrar la vida.
Hay tantas maneras de no ser,
tanta conciencia sin saber, adormecida.
Merecer la vida no es callar
ni consentir tantas injusticias repetidas.*

¹ A.Potente, *Entre memoria y presente. Ensayo místico-político de la Vida religiosa*, Frontera, Vitoria, 2004.

*Es una virtud, es dignidad
y es la actitud de identidad más definida.
Eso de durar y transcurrir
no siempre quiere sugerir, honrar la vida,
hay tanta pequeña vanidad
en nuestra tonta humanidad enceguecida.*

*Merecer la vida es erguirse vertical
más allá del mal de las caídas,
es igual que darle a la verdad
y a nuestra propia libertad la bienvenida.*

*Eso de durar y transcurrir
no nos da derecho a presumir,
porque no es lo mismo que vivir,
honrar la vida.*

Eladia Blázquez

La vida religiosa tiene una *función simbólica*. *Simbólico* significa lo que une y es contrario a lo *diabólico*, lo que separa. El símbolo evoca y no agota, es de alguna manera inaprensible, no es cuestión de eficacia, ni de la fuerza que da el número. Por eso, como reconoce *Vita Consecrata*² la cuestión fundamental en la vida religiosa no es "su empequeñecimiento numérico sino su inercia y su mediocridad, la pérdida de adhesión espiritual a su Señor y a su propia vocación y misión... en este momento no se nos pide tanto que tengamos éxito como que seamos fieles en los compromisos. No que demos solución a todo sino que nos ocupemos principalmente de lo que el mundo descuida, aunque nuestra presencia y nuestra respuesta sea obligadamente pequeña... No somos convocados para recordar y contar una historia gloriosa...", sino para seguir construyendo la historia con otros y otras, de modo que todos y todas nos sentemos a la mesa de los derechos y a la mesa de la vida plena y en abundancia, *honrando la vida*.

Recorrer nuestro propio camino humano-cristiano, siendo fieles a nuestra propia "identidad religiosa" vivida en reciprocidad con otras vocaciones y llamadas dentro de la sociedad y de la iglesia, es nuestra única razón de existir³.

² *Vita Consecrata* 33

³ Esta identidad religiosa está bien analizada desde una perspectiva teológica en Torres Queiruga, A., *Sal Terrae*, Santander, 2000.

4 - "Sal de tu tierra..." (Gen 12,1)

La vida, y por lo tanto la vida religiosa que buscamos, no es algo estático, no es un punto de llegada, un resultado que pretendemos conseguir. Es movimiento, es camino hecho de aprendizaje y fidelidad. Un continuo salir hacia lo desconocido, fiados en la promesa de que algo bueno está aconteciendo. "*La tierra que yo te mostraré*" es esa tierra prometida que ya nos habita y que se nos irá mostrando en la fidelidad de la búsqueda.

Se nos invita a vivir haciendo camino hacia nuestras raíces. La vida religiosa nace de un deseo, de un anhelo, de una seducción, en momentos en los que el cristianismo tiende a oficializarse. Nace como protesta que intenta ser propuesta humilde de vida cristiana en la desnudez y la intemperie del *desierto, de la periferia y de la frontera*, confesando de este modo lo absoluto de Dios por encima de los ídolos que oprimen y quiebran la humanidad.

Un camino de purificación de lo que todavía nos queda de una espiritualidad dualista y triunfalista, basada en el privilegio de una elección, en la suficiencia de lo cuantitativo, mucho más cercana a la del fariseo que a la del publicano del evangelio, para adentrarnos en una espiritualidad más pascual, más profundamente humana, más conectada con la vida.

Un camino que es una continua salida hacia otros lugares geográficos y simbólicos que, en alusión a la conocida evocación de Jon Sobrino⁴, podríamos expresar como un triple desplazamiento. Hacia el *desierto, periferia y frontera*.

a) Hacia el desierto: desde lo superficial hacia lo hondo

El desierto es el lugar simbólico y geográfico de la soledad, de la prueba, de la experiencia de Dios en la desnudez de lo esencial. Salir hacia el desierto nos habla de una manera de vivir contemplativa, en la que vamos dejando lo acomodado en lo superficial, para acoger la realidad y nuestro propio ser desde lo hondo. Una manera de vivir desde dentro, desde la soledad y autenticidad de la búsqueda, que nos introduce en un proceso humanizador permitiendo que nuestro ser entero se vaya polarizando en el Dios del Mundo.

Esto supone un camino interior que va dejando caer miedos, racionalizaciones y deseos que paralizan para irnos abriendo a la experiencia de Dios desde nuestra verdad desnuda. Un camino contemplativo que nos abre a la realidad, nos lleva a taladrar lo superficial y nos permite intuir el misterio de la realidad misma: el latido humanizador de Dios en las ansias profundas de la humanidad y en los gritos de la naturaleza.

⁴ J. Sobrino, *Resurrección de la verdadera Iglesia*, Sal Terrae, Santander, 1981.

La salida hacia el desierto es una experiencia que lentamente va unificando y fortaleciendo nuestra existencia y haciendo posible la libertad y la osadía para obedecer y desobedecer, para decir *sí* y para decir *no* cuando la causa de Dios lo requiere. Va afinando nuestra sensibilidad para acoger y acompañar los desiertos de inhumanidad y sufrimiento y abriendo las "antenas" de nuestro ser para percibir y apoyar la esperanza de que "otro mundo es posible".

b) Hacia la periferia: desde los centros de poder hacia lugares de impotencia

Las periferias son esos lugares geográficos y simbólicos desprotegidos, donde se respira, se palpa la impotencia de personas y colectivos, a quienes se les niega todo poder, incluso el de poder ser y vivir dignamente. Salir hacia la periferia es una manera de vivir desplazándonos existencialmente hacia los márgenes, dejando alianzas con el poder económico, social, eclesial y con las causas que siempre benefician a los de arriba. Supone apostar decididamente por la causa de la justicia y la paz, entrelazar nuestras vidas con la gente sencilla, con los que no tienen voz, con las personas y los colectivos que luchan cada día por la supervivencia.

Para tener garra profética en el "centro de la ciudad", para poder tener una palabra creíble, la vida religiosa necesita llevar muy viva en el corazón la herencia de los márgenes y la llamada de los que buscan una nueva esperanza. En estos lugares periféricos, en la reciprocidad del dar y recibir, a los religiosos y religiosas se nos ofrece un precioso regalo: se nos devuelve la memoria peligrosa de Jesús.

c) Hacia la frontera: desde la seguridad de lo conocido hacia la intemperie de la mediación

Las fronteras son esos lugares geográficos y simbólicos en los que lo diferente entra en contacto. Así hablamos de fronteras entre países vecinos, entre el norte y el sur, entre razas, ideologías, religiones y culturas, entre creyentes y no creyentes, mujeres y varones, homosexuales y heterosexuales, entre un tú y un yo. Las fronteras son lugares de cruce de posibilidades y conflictos: verja, muro, separación, lucha, muerte..., o lugares de encuentro, diálogo, comunión, en los que puede nacer algo nuevo.

La salida hacia las fronteras supone arriesgarse a lo desconocido, es una manera de vivir que resiste la intemperie de la mediación que supone un continuo descentramiento y aprendizaje de relación en reciprocidad. Una forma de vivir que pertenece a la esencia misma de una vida religiosa que lleva en su seno la vocación a la comunión: la comunidad como forma de estar en la vida. Sin embargo, tenemos el peligro de reducir esta vocación a un ámbito encerrado y solo nuestro. Sin embargo, el verdadero sentido de nuestro ser comunitario es la llamada a ser mediación de comunión en la humanidad:

estar en las fronteras de la vida suscitando, encarando conflictos y apoyando el enriquecimiento mutuo desde el que puede surgir lo nuevo.

En esta triple y única salida, en este proceso circular real y utópico y en el modo de vivir al que nos invita, podemos descubrir el "ecosistema" adecuado para la vida religiosa. Ese lugar, geográfico y simbólico, en el que esta planta exótica, algo rara y tan delicada que somos, encuentra su propia tierra, su propio "lugar en el mundo". Cuando la vida religiosa es trasplantada a modos de vivir superficiales, se acomoda en centros de poder o se instala en la seguridad de lo ya conocido, poco a poco se va perdiendo de sí misma y la memoria peligrosa de Jesús de la que es portadora se va convirtiendo en memoria domesticada, tranquilizadora, mantenedora de lo que hay y puede llegar a ser más "*administradora de penuria*" que vigía atenta y comprometida del Dios de la Vida.

5 - "Si no naces de nuevo..." (Jn 3, 3)

Es posible que en estos momentos tengamos los mismos o parecidos sentimientos que Nicodemo. Ese hombre religioso y auténtico, judío fiel, ya entradito en años, que escucha con perplejidad y resistencia las palabras de Jesús: "es preciso nacer de nuevo". Y también como él nos hacemos la pregunta: ¿cómo es posible que a mis años, que comunidades tan envejecidas, que instituciones que se han hecho viejas... podamos nacer de nuevo?

Sin embargo, algo se mueve ya en esta línea. Hay signos que indican que una figura histórica de la vida religiosa está muriendo: sentimientos de insatisfacción personal, procesos de cierre y cesión de obras, salidas de gente significativa, dificultades en el enganche generacional, reestructuración de comunidades y provincias... Y que otra nueva está aconteciendo germinal y frágilmente: ansias profundas de nueva espiritualidad, comunidades pequeñas y próximas a la gente excluida, sin protagonismo y aportando con sencillez y naturalidad lo que son. Una vida religiosa más mística, más política y más humana, más vecina y más ciudadana, más ágil y flexible, comunidades con poca estructura, abiertas a compartir techo, vida, organización y sentido con otros y otras, sin hacer demasiados programas, caminando al lado de la vida e intentando leer creyentemente lo que va aconteciendo.

Esta experiencia que ya estamos viviendo nos confirma que el "nacer de nuevo" está sometido a la lentitud de todo crecimiento en lo real. Nacer de nuevo no es una gracia que hemos de pedir a Dios como si de Él dependiese, no es un acto esforzado de buena voluntad, no basta con tener buenas ideas, ni con el entusiasmo y los buenos deseos que surgen de una experiencia de Ejercicios...

Para nacer de nuevo necesitamos resistir la lentitud humilde de todo proceso de crecimiento humano. Buscar activamente, arriesgar, corregir la marcha si es preciso, interaccionar con otros y otras y, al mismo tiempo, permanecer a la escucha "sintiendo y

gustando intensamente" la vida y, en ella, al Dios de la Vida. Acogiendo y dejando que su impulso creador vaya generando en nosotros nuevos "hábitos del corazón": una nueva manera de pensar, de sentir, de hacer, de querer... al estilo de Jesús de Nazaret.

Señalamos algunos **procesos** personales y grupales que pueden ser generadores de "novedad" en la vida religiosa de este momento:

a) Desencadenar procesos que nos ayuden a recrear y a ahondar nuestra espiritualidad

- Promoviendo una formación teológica-espiritual seria, continua y actualizada que vaya fundamentando y dando respuesta a las preguntas hondas de la propia existencia y a los profundos cambios de nuestro tiempo.
- Potenciando experiencias fuertes y prolongadas de búsqueda: tiempos intensos de retiro, de Ejercicios, de encuentro con realidades de exclusión, talleres de espiritualidad, itinerarios de renovación, experiencias inter-religiosas, análisis de la realidad desde una perspectiva creyente.
- Animando el acompañamiento espiritual-integral como camino de maduración humana y creyente, desde la mutua ayuda entre nosotras y nosotros. Ofrecer medios de formación para capacitarnos cada vez más en esta línea.

b) Desencadenar procesos que nos ayuden a crecer en relaciones de reciprocidad

- Promoviendo una formación inicial y permanente teórico-práctica que nos ayude a crecer en capacidad de relación.
- Relacionándonos desde lo que somos y no desde el rol o la tarea y buscando generar relaciones de ida y vuelta con la gente, aprender a vivir más desprogramadamente y valorando el estar gratuito en lo informal, la fiesta, el descanso.
- Posibilitando que nuestro propio funcionamiento grupal sea una escuela de aprendizaje en la reciprocidad: desde una organización circular y participativa, el modo de resolver los conflictos, la habilidad para llegar a consensos, la apuesta por nuevos estilos de liderazgo compartido, el acompañamiento grupal.

c) Desencadenar procesos de desplazamiento geográfico, mental y afectivo hacia periferias y fronteras

- Promoviendo búsquedas lúcidas y realistas que nos lleven a descubrir las nuevas fronteras y periferias de hoy, apoyando la inserción en ellas y cuidando la calidad de los procesos.
- Potenciando que los pobres y sus contextos sean el "lugar de vida" que nos vaya configurando en las distintas etapas de nuestra vida, incluso en el mismo proceso de envejecimiento .
- Posibilitando que nuestras comunidades, también aquellas en las que por edad, enfermedad y otras circunstancias parece menos posible, sean lugares abiertos y próximos a los pobres.

d) Desencadenar procesos que nos despierten la conciencia ciudadana y política

- Promoviendo el cambio de mentalidad: desde una conciencia todavía demasiado adormecida, como si los asuntos de la polis, lo común, lo público, lo de todos no fueran también cosa nuestra, hacia una conciencia crítica, practicando el análisis de la realidad como herramienta cotidiana.
- Suscitando procesos de formación desde las etapas iniciales a la permanente que cuestionen la ingenuidad del apoliticismo y la neutralidad que oculta la complicidad con los intereses de los grupos sociales más acomodados y conservadores.
- Fomentando la cultura de la participación y los valores democráticos, involucrándonos cada vez más en los movimientos sociales y grupos donde se juegan los intereses de los pobres y la emergencia de otro mundo posible: derechos humanos, foros sociales, grupos feministas, antimilitaristas, comités de solidaridad.

e) Desencadenar procesos que nos lleven a tejer comunidad con la diversidad

- Sensibilizándonos desde la práctica y la convivencia cotidiana en el respeto, la apertura y la sensibilidad ante la diversidad cultural, étnica, religiosa, de género, orientación sexual y cuestionando estereotipos y clichés etnocéntricos.
- Practicando y gustando el desafío de lo inter: lo interreligioso, lo intercultural, lo intercongregacional, formándonos para ello desde la reflexión, la vida compartida

y el diálogo real con lo diferente. Ir capacitándonos para asumir con realismo el conflicto y las dificultades que conlleva.

- Haciendo apuestas concretas por proyectos de formación, pastoral, misión, comunidades de inserción intercongregacionales y con laicos, no solo para sumar recursos, por criterios de eficacia y calidad en la misión, sino por el valor simbólico que en sí mismos conllevan como expresión de comunión y encuentro más allá de las diferencias.

f) Desencadenar procesos que nos lleven a asumir activamente la causa de las mujeres en la sociedad y en la Iglesia

- Formándonos en nuevas antropologías más inclusivas, no sexistas, que vayan modificando mentalidades, prácticas, prejuicios, miedos.
- Empoderando a las mujeres para el ejercicio de papeles y roles sociales y eclesiales nuevos, ministerios y liderazgos tradicionalmente ejercidos por varones: el ministerio teológico, el acompañamiento, la animación espiritual en ejercicios, retiros, la presencia en lugares de toma de decisiones, la animación de la comunidad, la presencia pública en los medios de comunicación social, buscando no repetir esquemas.
- Participando en los movimientos de liberación de las mujeres y sus reivindicaciones dentro y fuera de la Iglesia, especialmente en los que luchan contra la violencia y la pobreza de las mujeres.

g) Desencadenar procesos que nos lleven a recuperar la sencillez y la alegría del Evangelio

- Cuestionándonos, desde la ética de lo suficiente, nuestras prácticas y estilos de vida sin pactar con ellos.
- Entrando en dinámicas de vida de mayor confianza, simplicidad, transparencia y agilidad ante los acontecimientos, echándole humor a la vida y desdramatizando situaciones.
- Ayudándonos unos a otros a no vivir de nostalgias, sino a detectar por dónde va la Buena Noticia de Dios en nuestro mundo. Ser gente cuya vida evoca esperanza y no duelo, *gente cantora más que plañidera*.

6 - ¿Otra vida religiosa es posible?

Como decíamos al inicio de esta reflexión, hacernos la pregunta por otra vida religiosa posible desde la perspectiva de la utopía del Reino no puede ser una pregunta aséptica ni meramente teórica. Es una cuestión que nos afecta existencialmente a cada uno y a cada una de nosotras. Nos va la vida en ello.

El Espíritu continúa sembrando semillas de alternatividad en el corazón de la historia, de los pueblos, de las personas; por eso, también cada uno de nosotros somos vehículo y sustancia del futuro: *No hay futuro sin mí, porque el futuro está también en mí*, pero lo que hagamos con él nos lo jugamos en el riesgo y la lucidez de nuestras decisiones en el presente y en la apuesta por los procesos hacia el futuro, porque como dice E. Galenao⁵:

"... la realidad no es un destino, la realidad cambia... y tenemos el derecho sagrado de imaginar el futuro... Vivimos tiempos difíciles pero no hay que amedrentarse porque no es real solo la realidad que conocemos como real, sino que es real también la realidad de la que tenemos necesidad, tan real como la otra, porque está dentro de la panza de la otra".

Fuente del texto (5-1-2015):

http://www.google.es/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&source=web&cd=5&ved=0CDcQFjAE&url=http%3A%2F%2Fwww.colectivoverapaz.org%2FIMG%2Fdoc%2FCharlaConferQuevidareligiosapara_df.doc&ei=BLuqVOWQO9jaaveAqVg&usq=AFQjCNH2O2QpoQxGRUX7Kz1SoeC2uszHaQ&bvm=bv.82001339,d.d24

⁵ Entrevista en la Feria del Libro 2003.